

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

A DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

A DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

MEMORIAS DE UN COCHERO.

(Continuacion.)

VI.



OS veces he nombrado á D. Alfredo. Si él fuera héroe, lo sería de mi historia; pero apesar de sus proezas con el bello sexo no ha alcanzado á tomar proporciones de tal.

Y sin embargo, D. Alfredo es hombre de importancia. "Un tio en Indias," dicen en Europa. Un padre en América significa lo mismo, y mejor. Mil negros representan mil onzas mensuales. Con mil onzas mensuales la ignorancia es ciencia, el vicio virtud, esto no es la Habana: esto es el mundo: tal es la sociedad moderna: el siglo XIX.

D. Alfredo es un buen muchacho que sabe gastar noblemente su dinero. Su

abuelo llegó á la Habana cuando aun no existia el teatro de Tacon, cuando Maretzek no habia nacido, cuando aquí nadie sabia lo que era ópera Italiana, ni de este lado del Atlántico se habia oido un *dó* de pecho, ni se tenia la menor idea de lo que era un abono, y mucho ménos un abono de 60 onzas de oro. El *humbug* yankee aun no habia invadido estas regiones virginales. El abuelo de D. Alfredo llegó á esta Isla, que ya era la perla de las Antillas, la joya de precio inestimable, llegó, digo, de chaqueton y zapatos claveteados.

Lavó vasos en una taberna, que aun no se llamaba café; fregó platos en un figon, que aun no se apellidaba *restaurant*; tendió camas en una posada, que que no se llamaba todavía Hotel; paró los palillos en un billar, cuya mesa no era de pizarra, cuyas bandas no eran metálicas, cuyos tacos carecian de la ventaja de los casquillos de marfil y goma; y sirvió aquí y allá sendas cañas de manzanilla ó algunas copas de aguariente y *rom*, pues el *gincoktail* á lo Chiari y el *punch* á lo Medori eran tan desconocidos como el kirsh Aleman, el whiskey Escocés y el admirable shnapps de Van-Brun, cuyo Van trasciende á Holanda á diez leguas y pico de distancia.

Por fin sentó el pié y metió mano en

una bodega de gran crédito, y en ella plantó la piedra angular del edificio de su fortuna. El tasajo y el bacalao, el aceite y el queso, los garbanzos y la macarella, y el ingerto de *lo bueno* catalan con lo *astrigente* de Campeche &ª &ª, fueron las primeras materias con que se levantó aquel. Luego llegó su turno á los ahorros; servir á los amigos era el mayor placer del abuelo de Don Alfredo; pero para no perjudicarse, ni sacrificar su capitalito en aras de la filantropía, tomaba sus precauciones. ¿Para qué se inventaron las hipotecas para qué el sabio rey D. Alonso (Alfonso debe decirse) consagró alguno? títulos de sus célebres Partidas á los peños ó prendas? Además, un peso mensual de premio por cada onza, no es una exorbitancia tal, que pudiese hacer llamar usurero al abuelo de D. Alfredo. ¿Acaso él habia atravesado los mares, y espuesto su vida á los azares de una navegacion larga y peligrosa, y arrostrado los rigores de estos climas tropicales, con su fiebre amarilla y sus fiebres de todos colores, y apretándose la barriga y laboriosamente colmada su alcancía, para hacer donaciones inter vivos á los advenedizos desconocidos, ó á los vagamundos conocidos? ¡Eso sí que nó!

El abuelo en cuestion, pues, suplicó, triplicó, multiplicó sus capitales, usando de los unos como factores de los otros, hasta obtener productos fabulosos: aquello ya no era multiplicar á secas: era elevar á potencias, y no por la fórmula de Newton, sino por otras fórmulas ignoradas de los matemáticos de oficio.

Y hubo matrimonio, y hubo palacios y quintas, y casas para alquilar, ingenios de azúcar, y buques y giro de letras, y almacenes de víveres, y negros generales caleseros y chinos particulares criados de mano.

Nació un niño que viene á ser el padre de Don Alfredo. Lo que el padre de dicho niño no habia querido para él, lo quiso para su hijo y sucesores; y adquirió un título para su nombre y un escudo de armas para los tableros de su coche. Yo no sé como ello sucedió, pero si sé que sucedió, y ahí están, para no andar con mas rodeos, el mismo Don Alfredo y su señor papá que no me dejarán mentir.

El padre de Don Alfredo recibió una educacion un tanto á la antigua, si se quiere; pero cuyas bases eran la moral, la religion, el comercio y la economía.

Don Alfredo ha recibido una educacion que difiere esencialmente de la de su genitor. De ciencias morales, ignora lo bastante para no saber que ha existido un baron de Holbach de la escuela filosófica, ni un Bálmes de la escuela católica; de religion no se diga: ni siquiera ha aprendido el catecismo de Astete y mucho menos leído las esplicaciones de Ripalda; el comercio le le parece inútil, puesto que ya es rico; para los ingenios hay administradores; para los almacenes, dependientes; para la casa, mayordomo; para cada asunto de la vida, su hombre.—Si el trabajo es un castigo, ¿para qué trabajar pudiendo dejar de hacerlo?

Y la economía? Don Alfredo opina, y quizás no sin fundamento, que por mucho que gaste y mucho que viva tiene lo bastante para darse gusto; pues por muchas locuras que haga, las rentas de que disfruta y el capital que heredará son mas de lo que necesita un hombre que, segun pintan las cabañuelas, no hará huesos muy viejos.

Tal es Don Alfredo, por su lado moral. Su físico ha sido varias veces entrevistado por mis lectores; ya á las puertas del Liceo, ya bajo los árboles de la alameda, ya á la luz del gas en un baile de Carnaval en Escauriza, ya en el comedor del Hotel del Cerro y últimamente en el bautizo de Periquito.

Sin tener el vicio del juego, cuando se ofrece es un apunte temible, por lo mismo que no le hace mella perder un montoncito de oro ni un rollo de billetes de banco. Lo mismo le dá el albur que el gallo, y así le importa el pároli como la contra-judia.

Bebe si el caso se presenta; pero nunca prueba licores blancos. Su fuerte es el Champaña.

Come, poco: su estómago está de digerir perdices trufadas, hígados de ganso y anguilas á la tártara.

Tres pasiones lo dominan: daria la mitad de su fortuna por poseer el mejor caballo del mundo, seria capaz de comer en el mismo plato y dormir en el mismo lecho con su perro; y sobre todo no vacilaria en arrojarse al fuego por la mujer á quien ama.

En música habria sido digno rival del rey Midas. Va, sin embargo, á la ópera. Eso sí: llega despues del segundo acto y se sale á la mitad del tercero.

¿Qué sabe el de *cavalettas*, ni de *ron-dós*? ¿No es mejor la Bayamesa que el *aria* final de Lucía de Lamermoor? En esta materia, confesaré de paso que soy del mismo sentir que D. Alfredo.

Pero cuando Chiarini va á montaren el Circo de la Puerta de Tierra su incomparable caballo Céfiro, con toda la destreza del consumado ginete; ó cuando el cartel anuncia los ejercicios del *Garibaldi* criollo, entónces D. Alfredo es el primero que llega al hipódromo habanero y el último que sale.

Es fácil, es probable y aun seguro que al lector no importen, por lo pronto, tantos pormenores; pero ellos han de servirme para esplicarme yo mismo á mí mismo, porque en mis memorias me doy á cada paso de manos á boca con D. Alfredo. Es que si este jóven no hubiera nacido rico, entregado á sus instintos, se habria hecho cochero como yo, en lo cual nada perderia la sociedad de buen tono, ni ganaria mucho, tampoco el gremio á que pertenezco.

Vaya un recuerdo. Era una noche, que para el caso no servia que hubiese sido una mañana ó una tarde: las aventuras interesantes han de suceder á oscuras, ó, para que sean románticas, alumbradas cuando mas por el pálido fulgor de las estrellas.

Estábamos en el verano: y así como el invierno septentrional suele llamarse *crudo*, nuestro estío intertropical debe, con sobra de razon, calificarse de *cocido* y, si me apuran, hasta de *tostado*.

Era la noche de un sábado, y habia gran baile campestre en la glorieta de Puentes Grandes. Y aqui me vendria de molde hacer una elegante descripcion de la fiesta: la espléndida iluminacion, el gusto de los adornos, el lujo y la sencillez de los trages; y celebraria como quien no quiere la cosa la gracia de Chucha, la belleza de Lola, la elegancia de Charo; y copiaria, en una palabra, un folletin cualquiera de cualquier periódico; en su número correspondiente al mártres de cualquier semana de la temporada veraniega; pero ¿cuál de mis lectores no se sabe de memoria esos folletines estereotipados que se reproducen invariablemente todos los años con todos los diarios de esta culta capital?

Seguiré, pues, narrando mi aventura.

La concurrencia ha sido numerosa; la aglomeracion de lujosos carruages indescriptible. Yo me hallaba allí con el mio, habiendo llevado en él á dos caballeros, que no eran bastante ricos para tener coche propio, ni querian aparecer tan pobres que se aprovecharan de los servicios de la *guagua*. Y como mi vehículo es mas que medianamente

decente, y mis caballos son hermosos y mi persona no presenta tan mal aspecto que digamos, nuestros dos jóvenes se arreglaron de manera que fueron en carruaje al baile, sin mas sacrificio que una onza, que yo exigí adelantada, á guisa de abono moderno.

A las dos de la madrugada terminó la fiesta, y uno tras otro, y de dos en dos tambien, desfilaron los carruages por la calzada abajo y por la calzada arriba. Mis dos inquilinos aguardaron á que apagasen las últimas luces, y á nuestro turno echamos á rodar.

Llegamos á mi aventura que se reduce á un encontron.

A la mitad del camino, entre el puente de hierro, ó de alambre, como lo llaman por ahí, y el paradero del Cerro, alcancé á ver, ó mas bien á oír, ó á sentir que un carruaje se acercaba arrebatado por el escape de dos cbballos guajamones. Una locomotora de vapor, despedida á toda máquina sobre los *rails*, marcha con menos celeridad que la que traia el carruaje que nos venia encima como una avalancha, como un huracan, como una tromba.

Los caballos se habian desbocado, habian reventado las *galleras*, cogido el freno entre los dientes y emprendido su diabólica carrera.

Yo paré, por pronta providencia. Mis dos compañeros y yo con ellos saltamos á tierra y en un abrir y cerrar de ojos nos plantamos bajo el portal de una gran casa que hubimos á mano.

Ya era tiempo. El coche que se acercaba como una exhalacion, llegó y se estrelló con el mio. El choque fué espantoso. Los dos carruajes se hicieron pedazos: no quedó una correa á vida; pero afortunadamente «no hubo que lamentar ninguna desgracia personal» supuesto que una muñeca dislocada y unas narices aplastadas y un tobillo hinchado por algunos dias no quieren decir con fuerza.

Mis inquilinos y yo volamos á prestar auxilio á los náufragos. Eran tres personas: dos damas y un caballero. Sacamos á los tres como mejor pudimos, despues de asegurar los caballos. Una de las mugeres se habia desmayado, mas del susto que de otra cosa; la otra se habia hecho un rasguño en la frente y el varon se quejaba de haberse roto un brazo. El cochero habia salido milagrosamente ileso.

Todos nos reunimos bajo el portal de que he hablado.

—Llame V. á la puerta, dijo el herido. La familia que vive en esta casa conoce á estas señoras, y no las negarán hospitalidad ni los cuidados que la situacion reclama.

Así se hizo; las puertas se abrieron, y nuestras damas penetraron al asilo &c. &c. &c.

—Y nosotros ¿qué vamos á hacer ahora, Alfredo? preguntó uno de mis inquilinos, que parecia conocer al recién venido.

—Mi cochero irá al Hotel del Cerro, y nos traerá el primer coche de alquiler que encuentre. Entretanto el de ustedes se encargará de cuidar esos

animales. Pero esta mano me duele horriblemente. Ahora siento no haber aceptado la oferta de quedarme esta noche aquí, que me hizo D. Pancracio.

Esto pasa en el portal. Lo demás de mi aventura se deja adivinar. Algo hay que dejar hacer al curioso lector.

¿Quiénes eran aquellas dos damas? Blanco es, gallina lo pone y frito se come: ¿qué será?

(Continuad.)

Por no saber firmar el autor,

MAESE NICODEMUS.

MUSEO JUNIPERIL.

LA FAMILIA FELIZ.



MISTER BARNUM, cuya reputación vuela por el orbe, y es adquirida por mas de un título, ha conseguido reunir en su afamado museo de Broadway, una curiosidad que ya va no siéndolo tanto por lo mucho

que se la vé hoy repetida. Tiene el padre del *humbug* encerrados en una jaula, seres de tan opuestas condiciones, de inclinaciones tan antípodas, de *civilización* tan diversa como puede serlo la de las palomas respecto de las culebras; y sin embargo, señores, los gatos discuten allí en sana paz con los ratones, sobre el fomento que debe darse á la industria pecuaria para mejorar la calidad de la leche y perfeccionar las condiciones del queso; allí los gatos dan de mamar á los canarios, los perros acarician los niños de los gatos, las serpientes de cascabel sirven de mullido colchon á las ranas, y en una palabra, todos los miembros de aquella que Barnum llama *the happy family*, han resuelto el problema de la armonía universal, presentando el raro ejemplo de la fraternidad doméstica, nada ménos que en un país donde los hombres están tan sordos, que no pueden oírse sino hablando á cañonazos.

Dije que esta curiosidad, llamada *la familia feliz* no es ya tan rara, y no basta que yo lo diga, pues falta todavía que que lo pruebe. ¿No habeis visto, lectores, muchos ejemplares de la familia feliz, en esas galerías que presentan los fotógrafos al público callejero para estimular así á los que no están á la última moda, á que se hagan *sacar* una ó dos docenas de retratos que distribu-

yen como publicación de política ó de amena literatura? Si no lo habeis visto, amados lectores míos, es porque no teneis ojos, ó porque no habeis querido verlo, que todo es una cosa misma, ó lo segundo es mas grave, pues no hay peor ciego que el que no quiere ver.

De todos modos, yo os lo haré ver al presente, porque ni mas ni ménos, tal es la familia feliz que voy á exhibir este domingo, aunque para ello tengo que levantar la espesa cortina del amor propio, que cubre tantas fisonomías de personas tan caras, que sin embargo son bastante baratas para que el retratista las venda á doblon la docena y gane, no obstante, en el negocio.

¿Será por casualidad ó con estudio, que el fotógrafo ha colocado en ese *nicho*, como dice Pepe Caro, la imagen de ese rubito, lleno de barbas y pretensiones, vacío de inteligencia y de faltriquera, al lado de esa señora que pasa á los ojos del mundo como una *Lucrecia Colatino*?

Dos elegantes, rivales en el corte de de la ropa y en el corazon de la niña, se miran hoy con una sonrisa, que *jura* como dicen los franceses, de la situación de los originales. Aquí la imagen de algun poeta que con sus versos hizo mucho ruido... en las máquinas de imprimir, está colocado en un *nicho* (adopto la gráfica espresion de Pepe Caro) debajo de una negra lavandera. Sin embargo, el retrato está muy contento, aunque el original se cree mas alto que los Andes.

No hay que admirar ciertas actitudes, puramente casuales y que nada prueban en contra de la armonía que voy demostrando existe en la familia feliz. Se vé por ejemplo en la "Galería de Retratos de personajes notables que se han distinguido en las ciencias, las artes y las letras en la Isla de Cuba, por Mr. Frederick Cobden" entre otros varios el retrato de mi amigo D. Rafael M^a Mendive, que parece que está volviendola cara á la izquierda, como diciéndo: ¿"por qué me han puesto al lado de Zafra? El retrato de mi ilustrado catedrático y tocayo el Sr. Bachiller y Morales está muy reidito al parecer, porque se encuentra al lado de Don Pepe, y el del Lcdo. La Torre se ve no ménos orondo por la proximidad del Sr. Bachiller.

Otros hay que..... ¿valen más ó valen ménos? ¿qué se yo! Unos parecen tristecitos porque han colocado á Fulano primero que á Zutano, y el modesto escritor mi apreciado amigo Don José Socorro de Leon, colocado el último, esta como recordando á alguno ó algunos

de los descontentos; el cuento de Sancho, con lo de: "sentaos majagranzas, que donde quiera que me siente seré vuestra cabecera."

Hablando ahora en sério, me parece una excelente idea la de la galería de notabilidades, y aunque algunos pudieran traer á cuento la inscripcion que vi en una casa de locos de Alemania, "no son todos los que están, ni están todos los que son," yo no aplico la primera parte, pero sí la segunda. Francamente "no están todos los que son;" es verdad que sería una tarea tan interminable como costosa, reunir de un solo cuadro todas las notabilidades que se encuentran desde el cabo San Antonio hasta la punta del Maisí. Entre nosotros nadie podrá negar que la fabricación del azúcar y la de las notabilidades se ha llevado al mas alto grado de desarrollo, sino en calidad, á lo ménos en cantidad. Yo calculo, dos sabios por pié cuadrado.

En aquel cuadro falta á mi ver, el amigo Reynoso, que ha prestado bastantes servicios al país; falta el señor Quintiliano García, falta el Sr. Dueñas, que continuamente suministra á la educación esas excelentes obras de ciencia y conciencia, propendiendo directamente al adelanto del país. Supuesto que está allí el Homero de la Siboneida, no veo por qué falten Zenea y Luaces, cantores populares entre nosotros.

"La humanidad doliente" echa de ménos allí á su constante aliviador, el Dr. D. Antonio Caro..... pero ya he dicho que se comprenden y se disculpan las omisiones, en gracia del crecido número de notabilidades, y por eso me aseguran que solo se ha querido reunir allí la flor y nata, que ya es bastante saber lo que es flor y lo que es nata, y estar entre si son flores ó no son flores.

(Continuad.)

BACHILLER LINAZA.





Nos escriben de los Estados Unidos que hay probabilidades de un arreglo y que las simpatías se estrechan cada vez mas

MUCHACHADAS.



—Papá, aquí está aquel señor que dijiste ayer que era muy pesado y muy repugnante.



—Porqué dá ese caballero tantos golpes en ese pan de azúcar?
—Será probablemente para romperlo.
—Y porqué lo quiere romper?
—Porque no se puede comer entero.

JOHN STEWART. HISTORIA DE UN PAYASO.

(TRADUCIDO ESPRESAMENTE PARA DON JÚNIPERO.)

(Continúa.)

En el interior, era otra cosa. Recostados contra las desnudas tablas, bancos sin forrar en varias hileras toda la tienda. En el medio se había formado un Circo. Los hancos mas cercanos á este Circo formaban las primeras localidades; las demás se clasificaban como segundas: no había de tercera clase. El suelo recién-movido y regado conservaba aun el color rojizo de la tierra mojada. Habíase reservado en un rincón un pequeño compartimiento separado por medio de una cortina del resto de la tienda: á eso llamaban los bastidores. También por allí se comunicaba con el largo *carreton*, malsano y ahumado, especie de casa ambulante en que todo el personal comía, cuando no iba á festejarse á la fonda, y dormía cuando no prefería hacerlo á la luna de Valencia.

En fin, de otro lado, una cortina encubría la caballeriza. Allí, sobre un lecho de paja fresca, tres rocines que D. Quijote no se habría atrevido á montar, reposaban las fatigas del camino, mientras llegaban las fatigas de la representación: eran los caballos de la Compañía.

Cuando John entró, todo estaba ya listo para el ensayo: los hombres, las mugeres los niños, los caballos. Cuatro quinqués derrramaban su pálida luz sobre el proscenio. Cierta olor ahogado y mal sano salía de los bastidores, lo mismo que de las caballerizas: se respiraba allí la miseria.

Semejante espectáculo recordó á Stewart los tiempos de su juventud: era un mundo entero, que resucitaba para pasar delante de sus ojos. ¡Cuántos acontecimientos le separaban de aquellos tiempos! Después de todas las agitaciones de su existencia era de figurarse que él debería encontrarse feliz; y, sin embargo, no dejaba de echar de menos aquella época, cuyo recuerdo le asaltaba sin cesar. Habría querido volver á ella en cambio de toda su vida. En tal disposición de espíritu era muy peligrosa para él la presencia de Basilio y de los suyos.

Comenzó el ensayo. Entregáronse las mugeres á todas las dificultades de las volteretas. Uno de los hombres ejecutó algunas suertes con los dos niños; otro levantó pesos enormes; y por último, Basilio que se ocupaba principalmente del arreglo de los caballos, montó en una de esas infelices bestias, decorada pomposamente con el nombre de caballo de *alta escuela*.

A pesar del miserable recinto en que el espectáculo se le presentaba, se enteraba John en él hasta el último punto.

De pie, brillante el ojo, alzada la cabeza, atento, había seguido todos los ejercicios con escrupulosa atención, y mas de una vez sus observaciones llenas de precisión habían admirado á los ejecutantes. Imposible es decir lo que pasaba en su interior: todo lo que no era lo presente lo tenía olvidado: ya no se acordaba de su hija, ni de su yerno, ni de su nietezuelo: era payaso antes que todo.

Repentinamente se dirigió hacia Basilio, quien, contento de su ensayo, se frotaba las manos.

—¿Queréis enrolarme en vuestra compañía? le preguntó.

Semejante pregunta, con tanta frialdad hecha, con una voz tan breve, pareció á Basilio tan extraordinaria que miró á su interlocutor con aire estúpido.

—¿Supongo que la pregunta no es seria?

—Y mucho que lo es.

—¿Pero, qué es lo que vos sabéis hacer?

—Ya lo vereis. No os pido salario; y lejos de eso, si necesitais dinero tendré mucho gusto en prestároslo.

—¿Es aficionado el caballero?

Pronunciadas estas palabras en tono irónico miró Basilio á John de pies á cabeza, y luego contoneándose.

—Verdad es, dijo, que necesito á alguno, aunque no fuese mas que para reemplazar á uno de los nuestros que se ha ido, pero necesito un artista de fuerza: no sois el hombre que me conviene.

—No sabéis lo que decís. ¿Acaso me habeis visto trabajar?

Y así diciendo, desembarazóse John de su blusa y su chaleco, y se lanzó al medio del circo.—Subirse á un asta, suspenderse de un trapecio, salvar obstáculos, dislocarse como una máquina que se desarma, torcerse y retorcerse como una culebra, alzar á dos hombres cada uno en una mano, bailar en la cuerda tensa, todo lo hizo John. Estaba hermoso: siempre intrepido, siempre fuerte. Durante una hora entera tuvo deslumbrados á los espectadores, que le admiraban con tanta mayor razón cuanto que eran del oficio y sabían apreciar las dificultades vencidas.

—Vamos á ver, dijo Juan á Basilio: ¿creéis ahora que pueda yo conveniros?

—¿Pero, quien sois, pues?

—Ya lo teneis dicho: un aficionado.

—¿Porqué entonces no vais á París?

—¿Queréis contratarme, sí ó nó?

—Y me lo preguntais!.... ¡Por su puesto! Y sin condiciones: partiremos las ganancias. ¡Vive dios! ¡qué suertes haceis! Solo me admiro de que no esteis en otro teatro mas digno de vos.

Habia cierta desconfianza en estas palabras y John lo comprendió.

—Escuchad, dijo; entraré en vuestra compañía, pero con dos condiciones. La primera es que jamás tratareis de penetrar el secreto de mi vida. Lo segundo es que en lugar de quedarnos en el medio día de Francia nos dirigiremos hacia el norte.

—Ah! No sois amigo del calor, dijo Basilio, pues basta. Iremos adonde querais. Con un artista como vos, tendremos entrada por donde quiera que vayamos. En cuanto á la otra condición, perded cuidado; no se os molestará, y ademas encontrareis aquí buenos camaradas. De manera que pertenezcáis á nuestra compañía ¿no es así? agregó Basilio.

—Es cosa decidida.

—¿Trabajareis mañana?

—Mañana, sea.

—A propósito ¿con que nombre os anunciaremos en los carteles?

John no respondió inmediatamente: estuvo á punto de dar el nombre de Gulliver con el cual había obtenido tantos elogios y tantos aplausos; pero el temor de que pudiera llegar hasta sus hijos lo contrató.

—En el cartel me llamo Robinson, dijo.

—Lindo nombre ¡bravo! ¿Y en la ciudad?

—En la ciudad me llamo John.

El día siguiente dió la compañía de Basilio una representación. Gracias al buen tiempo, á la afluencia de estrangeros en el lugar de la feria y á los irresistibles atractivos del cartel, hubo una entrada

enorme. Y lo mismo sucedió por espacio de ocho días. Al salir de Montelimart ya Basilio pensaba en comprar un material nuevo, en aumentar su personal y en hacerse llamar señor director. ¿A quien debía tales resultados? Ya se adivina que á su nuevo compañero.

John había sido el héroe de todas las funciones. La primera vez que él reapareció delante de la multitud se sintió fuertemente conmovido: parecíale que su hija y Dervieux iban á aparecérsese para echarle en cara el que hubiese faltado á su palabra; pero, poco á poco su temor se disipó, y pudo entregarse á todos los gozes que podía proporcionarle su vuelta á una carrera, lejos de la cual había temido morir.

Así fué como Gulliver, el antiguo payaso del Circo, se enroló en una compañía de saltimbanquis y llegó á ser el payaso Robinson.

III.

—¿Aquí tienes una carta de tu padre! exclamó cierta mañana Dervieux, entrando en el cuarto de su muger.

Mary soltó un grito de felicidad, puso á su hijo en el suelo y cogió el precioso papel.

Para comprender toda su emoción, es preciso tener en cuenta que John no había dado noticias suyas á sus hijos durante los últimos seis meses. Después de una carta fechada en el Havre había dejado repentinamente de escribirles; é inútilmente Dervieux y su esposa, inquietos con esa súbita interrupción en su correspondencia, le habían hecho solicitar por donde quiera que imaginaban podría hallarse: nunca obtuvieron la menor noticia. Esta es la causa de que las inesperadas nuevas que llegaban los colmase de felicidad.

La carta era de Anvers. En ella decía John que acaba de volver á Europa disculpando su largo silencio con un viaje á lo mas remoto de Oriente. Anunciábales, por otra parte, que hallándose en Bélgica iba á visitar el país y que aprovecharía la ocasión para llegar hasta Holanda. Por lo demás, su salud era excelente: el viaje y las distracciones le habían aprovechado mucho y por lo tanto esperaba que sus hijos no se inquietarian por su causa.

La carta estaba concebida en términos que debían tranquilizar completamente á Mary; y sin embargo, no la satisfizo sino á medias.

—Ah, padre ingrato! ¡y que poca prisa tienes por vernos!

Y al mismo tiempo algunas lágrimas brotaron en sus ojos.

Cárlas se acercó á su muger, la estrechó contra su seno y la dijo al oído algunas de esas palabras que, entre un marido y una mujer que se aman, son siempre tan consoladoras; al ver lo cual el pequeño Gabriel alzó las manos gritando porque también quería ser de la partida. Entonces Mary se inclinó, lo tomó en sus brazos y lo apretó contra su corazón cubriéndolo de besos. Cuando alzó la cabeza mostró á su marido un semblante risueño, las lágrimas habían desaparecido de sus ojos: su esposo y su hijo la habían consolado de la indiferencia de su padre.

(CONCLUIRÁ.)

SI EL ALCALDE NO NOS PRENDE.

LETRILLA

SIN SAL NI PIMIENTA, DEDICADA AL MAS SAL-
LADO DE TODOS LOS HOMBRES HABIDOS
Y POR HABER.

—“Si te parece, mañana,
—Decía Juan á Narcisa,
—Iremos temprano á misa.”

A lo que Narcisa, ufana
Contestó: “cosa es precisa.
Iré de muy buena gana,
Se entiende,

Si el alcalde no nos prende.”

Mas sucedió,
Aunque el hecho á dos ofende,
Que el alcalde los prendió.

—“Para tu altar de Dolores
Mañana al rayar el día,
—Antonio dijo á Lucia,
—Iremos á cojer flores.”

Y ella respondió: “alma mia,
Iremos con mil amores,
Se entiende,

Si el alcalde no nos prende.”

Mas sucedió,
Aunque ello no se comprende,
Que el alcalde los prendió.

—“En cuanto asome la aurora
Saldremos para el *Jeñ.*”
—Dijo Pascual á Belen.
Y ella con voz seductora
Respondió al punto: “muy bien.
Iremos: sea en buenhora.

Se entiende,
Si el alcalde no nos prende.”

Mas sucedió,
Aunque esto á todos sorprende,
Que el alcalde los prendió.

—“El ingenio *Guacamaro*
Mañana rompe molienda.”
—Dijo Juan á su prebenda.
“Iremos, respondió Charo:
Que tu amo te vea hacienda.
No tengo en ello reparo.

Se entiende,
Si el alcalde no nos prende.”

Mas sucedió,
Que, sin atinar por ende,
El alcalde los prendió.

—“Mañana opíparo *almuerzo*
Le espera en casa”—donosa,
Me dijo ayer Sinforosa.

Y yo respondí: “no tuerzo
La voluntad de una hermosa.
Iré sin ningun esfuerzo,
Se entiende,

Si el alcalde no nos prende.

Mas sucedió,
(¿Querrá que solo meriende?)
Que el alcalde me prendió.

“Mañana, me dijo Inés,
¿Irás usted al Calabazal?”
Y yo respondí: “si tal.
Tengo en ello un interés.
Celebra usted su natal.....
Y es fuerza que vaya..... pues,
Se entiende,

Si el alcalde no nos prende.”

Mas sucedió,
Lo que en ira el pecho enciende,
Que el alcalde me prendió.

—“¿Conque al fin al... ostracismo
Renuncia usted, Don Majin?”

—“Si señor; y hasta al *spleen*
Que enjendra el celibatismo.”

—“¿Conque se casa por fin?”
—“Sin falta, mañana mismo,
Se entiende,

Si el alcalde no nos prende.”

Mas sucedió
(¡El gozo, de lo que pende!)
Que el alcalde lo prendió.

—“Es preciso, ¡voto á briós!
Ir de Irene al casamiento,”
—Dijo Pedro á su tormento.

—“Muy bien: iremos los dos.”
—Ella contestó al momento.....
Digo, si lo quiere Dios,

Se entiende,
Y el alcalde no nos prende.”

Mas sucedió,
Aunque nadie lo reprende,
Que el alcalde los prendió.

—“Con estremado placer
Iré á su cita, Clorinda,
—Dije ayer á una muy linda
Encantadora mujer:
Que no hay alma que precinda
De aquello..... que debe ser,

Se entiende,
Si el alcalde no le prende.”

Mas sucedió,
Aunque transformado en duende,
Que el alcalde me prendió.

—“Mañana levanto el vuelo,
—Ayer me dijo Cutanda,
—Y á correr como Dios manda
Voy una *rumba* al Carmelo.
Le espero á usted.”—“Es mi anhelo:
No faltaré en la parranda,

Se entiende,
Si el alcalde no me prende.”

Mas sucedió,
Así un lobo lo meriende,
Que el alcalde me prendió.

Una niña muy bonita
Un día me dijo: “aquí
Venga mañana, y de mí
Tendrá el.....*si* que necesita.”

—“Está bien,—la respondí:
—Seré puntual á la cita,
Se entiende,

Si el alcalde no me prende.

Mas sucedió,

Lo que de ello se desprende,
Que el alcalde me prendió.

Me ofreció ayer para hoy
Consuelo, un abrazo tierno.
Y yo dije:—“hasta el infierno
En pos de tal dicha voy
Con dulce placer interno.
Si tal: iré por quien soy.....

Se entiende,
Si el alcalde no me prende.”

Mas sucedió,
Aunque ello á envidia trasciende,
Que el alcalde me prendió.

—“Cumpliósse al fin mi deseo.
Disponga usted lo que quiera.”
—Me dijo ayer un tronera.....
—Y yo respondí: “no veo.....
¿Se va usted?—“¡Digo! ¡Friolera!
Mañana por el correo:

Se entiende,
Si el alcalde no me prende.”

Mas sucedió,
Para que el pase refrende,
Que el alcalde lo prendió.

Ayer Panchita la bella
Dijo á su amante: “bien mio,
¿Con que vamos al avío
Mañana?”—Y á la doncella
Respondió el novio con brio:
—“Si no se opone mi estrella,
Se entiende,

Y el alcalde no me prende.”

Mas sucedió,
Que antes de arribar allende
El alcalde lo prendió.

ESPARAVAN.

AUNQUE ME LLEVE PATETA.

LETRILLA

escrita con el solo objeto de disipar el susto
que causó al público la corrida de toros
del domingo próximo pasado.

¡Voto al portal de Bará
Eixalá!

No sé lo que por mi pasa,
¡Si te miro y no te veo!
¡Trás de tanto zarandeo
Llegaste, al fin, á tu casa?
Lo estoy viendo y no lo creo.
¡Chanzoneta!

Tu dijiste: «soy quien soy,
Y, ¡allá voy!
Aunque me lleve *Pateta*»

¡Voto á *Deu* y á *Cornellá*,
Eixalá!

¡Voto á tu furioso brío
Que me puso en un temblor!
Sin duda que tu albedrío
Esclamó: «¡que bruto, al mio
Puede igualar su valor!
¡Morisqueta!

¡Ya sabrán quien es *Peroy*!
¡Allá voy
Aunque me lleve *Pateta*!»

Y frenético, ¡allá vá!
Aixalá,
Te lanzaste sin ninguna
Aprension en la demanda.
Quisiste probar fortuna,
Y á poco vas á la luna
A correr una parranda.
¡Que escopeta!
Con otra no mas, Peroy,
Por quien soy
Que se te lleva Pateta.

¡Por vida de Ali-Baja
Aixalá!
Tienes la tuya empeñada
Y quieres, hecho un..... aquel,
A que en pleno redondel
Te envíen de una cornada
A liquidar con Luzbel?
¡Pobre treta!
¡Triste recurso, Peroy!
Yo no estoy
Porque te lleve Pateta.

¡Mil veces te ampare Alá,
Aixalá!
Como sigas siendo el mingo
Por hacer á otros el bú,
Segun he visto el domingo,
No te escapas de un respingo
Por mas que berrées tú:
«¡Cuchufleta!
¿Quién dijo miedo á Peroy?
¡Allá voy
Aunque me lleve Pateta!»

¡Estuviste en Barbará,
Aixalá?
Pues escucha: allí una vez
Con un toro quiso en chanzas
Bailar unas contradanzas
Un mozo de tu jaez,
Y fué á contarle á.... Matanzas.

No es chufleta.
Quiere esto decir, Peroy,
Que á aquel noy
Al fin lo llevó Pateta.

Dios te dé lo que, quizá,
Aixalá,
Hace falta á tu braveza.
De otra suerte, ¡voto á briós!
Quedarán con tu.....largueza,
El público en una pieza,
Y tu convertido en dos.

La receta
Quizá te salve, Peroy,
Por quien soy
De que te lleve Pateta.

Si tal es tu calía,
Aixalá,
Bien puedes largarte al moro
A romper lanzas con él,
Y no, del siglo en desdoro,
Irte á las astas de un toro
Sin espada ni alquicel.
No es burlata;
Mas algun día, Peroy,
Como soy
Ha de llevarte Pateta.

¡Válgame el mismo Jehová,
Aixalá!
¡Crées morirte de tedio,
Si, abjurando á esa.....demencia,
Procuras á tu existencia
Otro mas tranquilo medio
De ganar la subsistencia?
Tan inquieta
Vida, al fin, hará, Peroy,
Como soy,
Que se te lleve Pateta.

Déjate de fiestas yá,
Aixalá,

Y lances y devaneos.
Mira que la voluntad
Que nace de tus deseos,
Mas floja es que los menéos
De un toro de calidad.
No es chufleta;
Y al testarudo, Peroy,
Como soy,
Suele llevarlo Pateta.

ESPARAVAN.

LA SRA. CHARTON.

Esta simpática actriz, escogida perla de la actual compañía lírica, prepara su funcion de gracia para el miércoles 4 de Febrero. El programa es de lo mas selecto de su repertorio, como tendrán ocasion de ver nuestros suscritores oportunamente por los periódicos diarios de la capital. Nosotros, por hoy, á fuer de amantes de lo bueno, no haremos mas que recomendar á los aficionados al *bel canto* su asistencia al coliseo en la noche citada, no solo con el objeto de gozar una vez mas, sino con el de dar una muestra de verdadera simpatia hacia la beneficiada,

A la que, en prueba cabal
De nuestro aprecio léal,
Le deseamos sinceros,
Sin frio y sin aguaceros,
Una noche tropical.

UN GENIO PRECOZ.



—Juanito, hace ocho dias que vas á la escuela: ¿qué has aprendido ya?
—He aprendido los nombres de todos los muchachos.
—Y nada mas?
—Y que el maestro es un..... (Asombro general en la familia.)

HABANA: Librería e imprenta EL IRIS, Obispo 22.